

EL FUSILAMIENTO DE GARCÍA GRANADOS
DESCRITO POR PABLO GONZÁLEZ

EL VIAJE AL CADALSO; LA EJECUCIÓN

LOS ÚLTIMOS INSTANTES EN LA CELDA
Un sacerdote dio al anciano político los auxilios
de la religión, minutos antes de la salida al patíbulo

DRAMÁTICA DESPEDIDA DE SU HIJO
"Ten resignación, hijo mío; así lo ha dispuesto Dios",
exclamó don Alberto cuando Rafael salía de la celda

EN EL MOMENTO FINAL SE LE VIO TRANQUILIDAD
Segundos antes de la descarga dibujó en sus labios una sonrisa amarga

CAPÍTULO VII

Momentos después del toque de silencio en la cárcel de Belén, la noche anterior al fusilamiento de García Granados, don Alberto fue examinado por los médicos de la prisión, quienes indicaron que el estado del condenado a muerte era delicado en extremo, debido a que su viejo padecimiento había llegado a un momento de recrudescimiento.

Las rupturas en el constitucionalismo

Varios amigos obtuvieron permiso para permanecer toda la noche a la puerta de la celda, y al lado de los centinelas.

García Granados se recostó en el lecho, negándose a desvestirse. Don Manuel Zamacona e Inclán logró, al fin, convencer al prisionero de que debía desvestirse y descansar unas cuantas horas.

ORDEN GENERAL DE LA PLAZA

Y mientras que el condenado a muerte accedía la petición de su amigo, la comandancia militar de la plaza de México expedía la siguiente “Orden General Extraordinaria para el 8 de octubre de 1915”:

Habiéndose confirmado en todas sus partes la sentencia dictada por el Consejo de Guerra respectivo en el proceso instruido en contra del ingeniero Alberto García Granados por el delito de rebelión, sentencia que lo condena a sufrir la pena capital, el C. Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente se ha servido disponer que el expresado reo Alberto García Granados sea pasado por las armas mañana a las once horas del día en la Escuela de Tiro, concurriendo para presenciar el acto y formar el cuadro una fracción de los distintos cuerpos de esta Guarnición, quienes quedaran a las órdenes del Jefe del Día.

La brigada Mariel proporcionará la escolta para conducir al reo al lugar de la ejecución y verificar ésta.

A la ejecución asistirán el Juez Instructor y su Secretario y el médico de guardia en el Hospital Militar, que dará fe del cadáver.

Lo que se hace saber en la guarnición para su conocimiento y cumplimiento. De O. S. El Teniente Coronel Mayor de Órdenes Luis G. Núñez, Comunicada.– El Ayudante de Guardia, Teniente D. Anderson.

LAS ÚLTIMAS HORAS DE VIDA

Hasta la medianoche, las personas que se encontraban cerca del señor García Granados pudieron ver que éste se revolvía inquieto en su lecho, hasta que, al fin, fue vencido por el sueño.

Pocas horas reposó en la última noche de su vida el ingeniero García Granados, quien al escuchar los clarines de la guardia de la prisión que tocaban

diana, se incorporó en el lecho dirigiendo una amarga sonrisa a las personas que habían permanecido a su lado.

Abandonó la cama, no sin cierta dificultad, debido al estado de debilidad en que se encontraba, haciendo tranquilamente, su última ablución matinal, y vistiéndose después con todo cuidado.

Una de las primeras visitas que recibió fue la de sus hermanos don Ricardo y doña Úrsula. Sentado en el borde de su cama, estuvo hablando a solas con su hermana, quien abandonó la celda para pedir a alguna persona que saliera en busca de un sacerdote. Viejo liberal, don Alberto no era católico, pero se había rendido a las súplicas de su hermana para que se dispusiera a morir cristianamente.

Mientras que llegaba el sacerdote, García Granados conversó, sin aparente preocupación por su pronta muerte, con las personas que poco a poco iban llegando para darle el último adiós.

Del primero que se despidió aquella trágica mañana fue de su hermano Ricardo, quien a pesar de ser un hombre austero, abandonó la prisión vivamente conmovido y con paso vacilante.

Después se despidió de doña Úrsula. Hermana y hermano permanecieron varios minutos abrazados, como no queriendo convenir en que aquel abrazo sería el último. Doña Úrsula sollozaba amargamente. Las personas que se encontraban presentes salieron de la celda, unas para dejar a solas a los dos hermanos, otras para dar rienda suelta a su dolor.

La presencia del padre Peña dio fin a aquella conmovedora escena. El sacerdote permaneció una hora en la celda.

SE DESPIDE DE SU HIJO RAFAEL

Eran las diez de la mañana cuando los movimientos de tropa en los patios de la prisión hicieron recordar a don Alberto que ya estaba muy próximo el momento de marchar al patíbulo.

Pidió entonces hablar con su hijo Rafael. La última plática entre padre e hijo fue corta. García Granados hacía visibles esfuerzos por mantenerse sereno, haciendo sus últimas recomendaciones a Rafael. Por fin, le dijo:

—*Dame un abrazo, hijo...*

Las rupturas en el constitucionalismo

Padre e hijo se abrazaron tiernamente. El ingeniero se desprendió de los brazos de Rafael, y volviéndose rápidamente hacía un amigo, pareció no querer ver como su hijo mayor abandonaba, emocionado, la celda.

—*Ten resignación, hijo mío...* —agregó don Alberto al ver partir a Rafael, y con voz débil, añadió:

—*Así lo ha dispuesto Dios...*

Se recostó en su lecho, al mismo tiempo que se le hizo saber que el doctor Hitzig deseaba hacerle un último examen.

—*Es inútil* —contestó el anciano político, sin saber que aun cuando lo hubiese deseado, el médico de la familia no habría podido suministrarle medicamento alguno, ya que se lo habían prohibido las autoridades militares que ya se encontraban en la prisión para recibir al reo. Como desde que se había arreglado para partir al patíbulo, se había rehusado a tomar alimento alguno, los amigos insistieron para que recibiera un pequeño desayuno.

SUS ÚLTIMOS INSTANTES EN LA CELDA

—*Estoy más a gusto así...* —expresó.

Creyendo que había llegado la hora de la partida, pidió una hoja de papel y un lápiz, y con letra clara y precisa escribió:

Muero sin rencores, rogando a Dios que mi sangre sea la última que se derrame en esta horrible lucha de hermanos contra hermanos, y hago un llamamiento a todos los mexicanos, a fin de que, olvidando sus pasiones políticas, aún en todas sus fuerzas, y sus voluntades, todas, en bien de la Patria común.

Octubre 8 de 1915.

Alb. G. Granados.

Cuando terminó de escribir, se puso en pie y, viendo que a la puerta de su celda se encontraban varios jefes militares, confirmó que había llegado la hora de la marcha al patíbulo.

Tranquilamente fue llamando, uno a uno, a los amigos que le acompañaban en aquel momento trágico. Quiso despedirse, en primer lugar, del padre Peña, pero éste le pidió que no le diera el brazo por de pronto, indicándole que lo acompañaría a la Escuela de Tiro.

Un dolor inmenso parecía embargar a todos los presentes. Los oficiales que se encontraban en la puerta se retiraron discretamente. Don Alberto repartía abrazos, mientras que sus amigos más fieles lloraban amargamente. El condenado a muerte, sin pronunciar palabra alguna, se limitaba a sonreír.

Los amigos se alejaron paso a paso, entrando a la celda varios presos que también querían decir adiós al anciano. La escena parecía prolongarse, cuando un oficial hizo saber a don Alberto que la escolta lo esperaba en el patio.

—*Estoy listo* —contestó enérgico García Granados y, haciendo un esfuerzo, se irguió orgullosamente y abandonó la celda.

CON LA ESCOLTA

Cincuenta hombres del 39º regimiento de la Brigada Mariel, a las órdenes del capitán Rodolfo Olmos, le esperaban en el patio de la cárcel de Belén.

Don Alberto se dirigió para ocupar un lugar en medio de la escolta, siendo alcanzado por el alcalde de la prisión, quien le dio un abrazo. García Granados le dio las gracias por las atenciones que había tenido para con él.

Vivamente conmovido, se acercó a don Alberto otro hombre: el ingeniero Gustavo Navarro, quien le había de seguir al patíbulo nueve días después.

—*Que Dios lo proteja* —dijo don Alberto a Navarro.

Al colocarse entre la fila de soldados, le siguió don Ricardo Aguirre, quien por largos años había sido su empleado. Aguirre le pidió que se apoyara en su brazo, pero don Alberto se rehusó cortésmente, diciéndole:

—*No tema usted, todavía tengo fuerzas para ir por mi pie al lugar de mi muerte.*

La escolta se puso en marcha. En el patio de la prisión, eran muchas las personas que lloraban, presos y amigos del condenado a muerte.

LA MARCHA HACIA EL PAREDÓN

Frente a la puerta de la cárcel, se agolpaba una multitud. Entre la muchedumbre estaban el ingeniero Ricardo García Granados y el doctor Hitzig.

Dos tranvías eléctricos, los marcados con los números 126 y 34, esperaban al reo y a la escolta en las calles de Arcos de Belén. En el primer carro subieron

Las rupturas en el constitucionalismo

cerca de 35 soldados. En el segundo, el señor García Granados, acompañado de sus amigos don Manuel de Zamacona e Inclán y don Ricardo Aguirre, el resto de la escolta y varios oficiales.

La multitud rodeaba a los dos tranvías eléctricos en medio de un expectante silencio.

Don Alberto miró tristemente hacia la prisión; luego a los curiosos; quizás entre ellos distinguió a su hermano y a su médico.

Los tranvías se pusieron en movimiento y don Alberto, dirigiéndose al señor Zamacona, le indicó que se sentía un poco débil, pidiendo que se le permitiera recostarse. El ingeniero se recostó en uno de los asientos del tranvía, reclinando la cabeza en las piernas del señor Aguirre.

La marcha fue lenta en un principio. La gente, ya advertida de que García Granados sería conducido al patíbulo a las once de la mañana, se detenía en las aceras, emocionada, al paso de los dos tranvías; sabía que dentro de uno de aquellos coches iba un anciano que sería pasado por las armas, víctima de una pasión política.

Los tranvías partieron de frente de la cárcel de Belén a las diez y veinticinco minutos de la mañana. Media hora después habían llegado a su destino.

MÁS DESPEDIDAS

Al bajar del tranvía, don Alberto volvió a colocarse en medio de la escolta, tomándose del brazo de don Manuel de Zamacona e Inclán y de don Ricardo Aguirre.

Al ver a unos cuantos metros de distancia el edificio de la Escuela de Tiro, levantó los ojos al cielo. La mañana, brumosa en un principio, se había despejado, y los rayos del sol iluminaban espléndidamente al edificio y a la multitud que se aglomeraba a sus puertas.

Vestía don Alberto el mismo traje con que se había presentado ante el consejo de guerra; llevaba una gorra de color claro, ajustada casi hasta las cejas.

Antes de entrar al edificio, hizo un pequeño alto en la escolta. Varias personas habían expresado deseos de despedirse del condenado a muerte.

Don Alberto abrazó a cuatro o cinco personas, entre ellas al doctor Hitzig, quien había seguido al cortejo, y haciendo un nuevo esfuerzo para erguirse, García Granados continuó avanzando.

EN LA ESCUELA DE TIRO

Rápidamente, la comitiva cruzó el primero y segundo patio, en el cual se encontraban reunidas no menos de doscientas personas. Al entrar al segundo patio, García Granados comprendió que había llegado al lugar del sacrificio. El anciano estaba agotado. Dio un abrazo a sus amigos Zamacona y Aguirre. Después se dirigió al padre Peña, quien musitaba alguna oración, abrazándole también.

—*Tened resignación, que Dios es grande y misericordioso* —repetía a media voz el sacerdote, y añadió:

—*Señor, ten piedad de él, Señor...*

Al desprenderse de los brazos del sacerdote, don Alberto dirigió una mirada a un grupo que observaba atentamente sus movimientos. Era el grupo oficial: el coronel Manuel Bauche Alcalde, secretario particular del general Pablo González; el teniente coronel Luis G. Núñez, mayor de Órdenes de la plaza; licenciado Manuel G. Ortiz, juez tercero de Instrucción Militar; el licenciado Manuel García Conde, secretario del mismo juzgado; el mayor Manuel Palomar, jefe de la Policía Especial de la comandancia militar.

LA EJECUCIÓN

El señor García Granados se colocó frente al pelotón ejecutor, formado por el sargento primero Darío Castro y los soldados Silviano Frazza, Ladislao Hidalgo, Delfino Centeno y Andrés Hernández.

Ligeramente recargado en la pared, don Alberto se arregló la corbata y la solapa del saco, y abotonándose éste rápidamente y con mano segura, esperó un instante, pasando la mirada tranquila sobre la multitud.

—*¡Apunten!* —ordenó el mayor Olmos.

Don Alberto se quitó la gorra, estrujándola entre sus manos; cerró los ojos y una sonrisa amarga apareció en sus labios.

—*¡Fuego!* —volvió a ordenar el jefe del pelotón.

Sonó la descarga. El ingeniero García Granados abrió desmesuradamente los ojos, y girando sobre los talones, azotó contra las lozas del pavimento.

Quedó boca arriba, con los brazos abiertos y la pierna derecha un poco encogida.

Las rupturas en el constitucionalismo

Un médico le examinó, indicando que todavía latía el corazón. El mayor Olmos dispuso que el sargento Darío Castro le diera el tiro de gracia. Castro se aproximó al caído y apoyando la boca de su rifle en el cráneo de don Alberto, hizo fuego.

Las tropas desfilaron frente al cadáver, con la mirada fija en los restos del hombre que había sido uno de los primeros opositores al gobierno del general Díaz, y ministro de Gobernación en dos ocasiones, y cuyo máximo error había sido el desconocimiento de la trágica realidad en que vivía.

El cadáver fue recogido por una ambulancia del ejército y conducido al Hospital Militar, en donde se le practicó la autopsia, siendo entregado ese mismo día por la tarde a la familia García Granados.

Al mismo tiempo que la familia recibía el cadáver de don Alberto, era advertida por el cuartel general, en el sentido de que los funerales deberían ser llevados a cabo “sin ruido alguno” y que sobre el ataúd no fuera colocada ninguna ofrenda floral.

También dispuso el cuartel general que el cadáver de don Alberto García Granados no fuera inhumado en terrenos de primera clase. Fue así como el cuerpo del ex ministro recibió sepultura en una humilde fosa de tercera clase, en el cementerio de Dolores.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 22 de julio de 1934, año XXI, núm. 160, pp. 1-2.